

II

Gorrión ¹, capricho de mi niña, con el que acostumbra ella jugar, tenerlo en su regazo, ofrecerle la punta de su dedo tan pronto se le acerca y moverle a agudos picotazos, cuando al radiante objeto de mi desasosiego le agrada jugar a no sé qué cosa querida y solaz de su dolor; entonces -creo- se le calmará su ardiente pasión. ¡Ojalá pudiera yo, como ella, jugar contigo y aliviar las tristes cuitas de mi alma!

II a ²

(...) Tan grato es para mí como cuentan que fue para la veloz muchacha ³ la manzana de oro que desató su cinturón de siempre negado.

III

¡Llorad, oh Venus y Cupidos ⁴ y cuánto hay de hombres refinados! El gorrión de mi niña ha muerto; el gorrión, capricho de mi niña, a quien ella más que a sus ojos quería; pues era dulce como la miel y la conocía tan bien como una niña a su madre, y no se movía de su regazo, sino que, saltando alrededor unas veces por aquí, otras por allá, piaba sin parar a sola su dueña; y que ahora va por un camino tenebroso hacia allí de donde dicen que no vuelve nadie. ¡Malhaya a vosotras, malvadas tinieblas del Orco ⁵, que devoráis todas las cosas bellas!: tan hermoso gorrión me habéis arrebatado. ¡Oh desgracia! ¡Pobrecillo gorrión! Ahora, por tu culpa, los ojitos de mi niña, hinchaditos, enrojecen de llanto ⁶.

¹ También en el fragm. 1 (Lobel-Page) de Safo (Himno a Afrodita) aparecen los gorriones tirando del carro de la diosa. Parece ser que los antiguos relacionaban el gorrión con el amor.

² Alexander Guarinus, editor renacentista (Venecia, 1.521) escribió al lado del último verso del poema II y antes del IIa: Detrás de este poema, en un manuscrito muy antiguo y escrito a mano, sigue un enorme fragmento. G. Friedrich (1.908) y Schmid (1.974) creen que deben unirse el poema XIVa y el IIa. La mayor parte de los filólogos cree que deben separarse el poema II y el IIa (éste como fragmento). Los manuscritos no aclaran si van juntos o separados.

³ Se trata de Atalanta, joven que se mantuvo virgen y se dedicó a cazar en los bosques; participó además en importantes hazañas. Como no quería casarse, para alejar a sus pretendientes, anunció que sería su esposo el que fuera capaz de vencerla en la carrera, con la condición de que, si resultaba ella vencedora, mataría a su rival. Tras la muerte de varios de sus pretendientes, apareció Hipómenes (según otras versiones, Melanión), que traía unas manzanas de oro que le había dado Afrodita; éste, cada vez que iba a ser alcanzado por Atalanta, arrojaba una manzana, y de esta manera la venció.

⁴ Platón habla de dos Afroditas, una Urania ('Celeste') y otra Pandemo ('Vulgar') a las que corresponden dos Amores (cf. el discurso de Pausanias de *Banquete* 180-181). Pero quizá aquí Catulo simplemente aluda a todo lo que está relacionado con el amor, representado por el nombre de sus dioses.

⁵ En las creencias populares, es el demonio de la muerte, apenas diferenciado de los Infiernos. Poco a poco se identificó con el griego Plutón.

⁶ El poema entero contrasta totalmente con el II: en aquél, juegos y alegría; en éste, muerte y llanto.

V

Vivamos, Lesbia ⁷ mía, y amemos, y las habladurías de esos viejos tan rectos, todas, valorémoslas en un solo as ⁸. Los soles pueden morir y renacer: nosotros, en cuanto la efímera luz se apague, habremos de dormir una noche eterna. Dame mil besos, luego cien, luego otros mil, luego cien una vez más, luego sin parar otros mil, luego cien, luego, cuando hayamos hecho muchos miles, los revolveremos para no saberlos o para que nadie con mala intención pueda mirarnos de través ⁹, cuando sepa que es tan grande el número de besos.

VII

Me preguntas cuántos besos tuyos, Lesbia, me son bastante y de sobra. Cuan gran número de arena libia se extiende por Cirene, rica en laserpicio ¹⁰, entre el oráculo del tempestuoso Júpiter y el sepulcro del antiguo Bato ¹¹. O cuantas estrellas contemplan, cuando calla la noche, los furtivos amores de los hombres. Tantísimos besos le son bastante y de sobra besarte al loco de Catulo, que ni podrían contar los curiosos ni embrujar ¹² con su mala lengua.

VIII ¹³

Desdichado Catulo, ¡que dejes de hacer tonterías y lo que ves que se ha destruido lo consideres perdido! Brillaron un día para ti radiantes los soles, cuando acudías una y otra vez a donde tu niña te llevaba, querida por mí ¹⁴ cuanto no lo será ninguna. Y allí tenían lugar entonces aquellos múltiples juegos que tú querías y tu niña no

⁷ Aparece por vez primera el sobrenombre de la amada de Catulo. Con este sobrenombre parece, muy probablemente, que el poeta alude a Clodia, hermana del tribuno Publio Clodio Pulcro y casada con Quinto Metelo Céler (pretor en el 63 a.C., gobernador de la Galia Cisalpina en el 62, cónsul en el 60, que murió en el 59). Esta mujer pertenecía a la gens Claudia; por consiguiente, era de una familia de rancio abolengo.

⁸ El as, de bronce, era la moneda de valor más bajo. Las expresiones como 'valorar en un as' equivalen a las nuestras del tipo 'importar un bledo'.

⁹ Es la traducción del latino *inuidere*. Los romanos creían en el mal de ojo; si alguien conocía el número de las cosas (como aquí el de los besos), podía, por envidia, causar dicho mal.

¹⁰ El laserpicio es una planta utilizada en medicina y perfumería, y, al parecer, bastante apreciada. Esta planta es de la región de la Cirenaica; de allí se exportaba a Roma. Actualmente ha desaparecido.

¹¹ Cirene representa, como ciudad, a la Cirenaica, provincia de África al O. de Egipto. El oráculo de Júpiter hace referencia al templo de Júpiter-Amón (en el oasis de Siwah) entre Egipto y Cirene. El sepulcro de Bato está en Cirene; Bato, que pertenece al grupo de los descendientes de los Argonautas, fue el fundador de dicha ciudad.

¹² Vuelve a aparecer el mal de ojo, en este caso con la palabra propia para ello (*fascinare*), y por la misma circunstancia que en el poema V: el número de besos.

¹³ Poema de desencanto respecto al amor que Catulo siente; lleno de dudas, al final resuelve desistir del amor por Lesbia. Todos los poemas dedicados a esta mujer señalan los vaivenes entre la exaltación y el desencanto.

¹⁴ El poeta se dirige a sí mismo con el 'tú', pero aparece abruptamente el 'yo' enamorado y dolido.

dejaba de querer. Brillaron, es verdad, para ti radiantes los soles. Ahora ya ella no quiere: tú, como nada puedes hacer, tampoco quieras, y a la que huye no la persigas, ni vivas desdichado, sino resiste con tenaz empeño, mantente firme. ¡Adiós, niña! Ya Catulo está firme, y no te buscará ni te hará ruegos en contra de tu voluntad. Pero tú te lamentarás cuando nadie te haga ruegos. ¡Criminal, ay de ti! ¿Qué vida te espera? ¿Quién se te acercará ahora? ¿A quién le parecerás bella? ¿A quién querrás ahora? ¿De quién se dirá que eres? ¿A quién besarás? ¿A quién morderás los labios? Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme.

LI

Me parece a la altura de un dios y que, si es lícito decirlo, está por encima de los dioses el que, sentándose frente a ti, te mira y te oye mientras ríes dulcemente; lo cual a mí, desdichado, me arrebató todo el sentido: pues, en cuanto te contemplo, Lesbia, ni un hilo de voz queda en mi boca, la lengua se me entorpece, una tenue llama fluye bajo mis entrañas, tintinea en mis oídos un característico zumbido, mis ojos se cubren con una noche gemela. La inactividad, Catulo, te resulta perjudicial: con la inactividad te desbordas y te exaltas demasiado. La inactividad trajo la perdición antes a reyes y a ciudades ricas¹⁵.

LXVIII ¹⁶

El hecho de que me envíes esta pequeña carta, escrita con tus lágrimas, abrumado tú por una suerte y una desgracia amarga, para que, como a un náufrago zarandeado por las espumantes olas del mar, te salve y te arranque del umbral de la muerte, pues ni la sagrada Venus te deja descansar con muelle sueño, abandonado enlecho célibe, ni las Musas te deleitan con el dulce canto de los viejos escritores, cuando tu corazón angustiado anda en vela: eso me es grato, porque me consideras amigo tuyo y, en consecuencia, me pides los dones de las Musas y de Venus. Pero, para que no te sean desconocidos mis pesares, mi querido Alio, ni creas que yo aborrezco el deber de hospitalidad¹⁷, entérate en qué vaivenes de la fortuna me debato yo mismo, para que no pidas en adelante de este desdichado que soy felices dádivas. En el tiempo en que por primera vez se me entregó la

¹⁵ Excepto la última parte, en la que Catulo se dirige a sí mismo, este poema es una traducción del 31 de Safo, que dice así (traducción de A. Bernabé Pajares): Me parece que es igual a los dioses // aquel varón que frente a ti // se sienta, y de cerca te oye // hablarle dulcemente y reír de forma encantadora. Eso, bien es verdad, // me sobresalta el corazón en el pecho. // Pues así que te miro un instante, ya no me es posible // decir ni una palabra, sino que la lengua rompe su punta y un sutil // fuego enseguida corre bajo mi piel. // Con mis ojos no veo nada // y me zumban los oídos. De arriba a abajo me posee un sudor frío y el temblor // se apodera de mí entera. Estoy más pálida que el pasto // y me parece que a mí misma poco me falta // para estar muerta. Pero no hay que arriesgarse a todo, pues también a un pobre (...)

¹⁶ La discusión que a la crítica plantea este poema es doble: su unidad y el destinatario. El problema del destinatario estriba en el hecho de que en unos versos aparece con el vocativo Malli y en otros con Alli; pero bastantes filólogos han corregido Malli por mi Alli, lo cual significaría un único e idéntico destinatario. Si se admite esta solución, la unidad del poema no presenta realmente problemas, porque se puede entender esta composición como una elegía en honor de un amigo encerrada entre un comienzo y un final de tipo epistolar.

¹⁷ Por todas partes puede encontrarse que entre los antiguos el deber de hospitalidad es cosa sagrada. Se conoce que Alio y Catulo han sido huéspedes en el pasado.

vestidura blanca ¹⁸, cuando mi edad en flor disfrutaba de una primavera radiante, jugueteé bastante con el amor. No me desconoce la diosa que mezcla con las cuitas una dulce amargura ¹⁹; pero la aflicción por la muerte de mi hermano me arrancó todo el empeño. (¡Oh hermano, arrancado a mí, para mi desdicha!; tú con tu muerte has roto mi sosiego, tú, hermano; al tiempo que tú ha quedado enterrada nuestra casa entera, al tiempo que tú han perecido todas nuestras alegrías, que, en vida, alimentaba tu dulce amor ²⁰. Pues, con tu desaparición, he ahuyentado yo de mi alma entera estas aficiones y todos los goces del espíritu). Por ello, eso que escribes ²¹ de que es humillante para Catulo estar en Verona, porque, aquí, cualquiera de alcornia puede entibiar sus helados miembros en la habitación que ha abandonado, eso, mi querido Alio, no es humillante, es más una desgracia. Me perdonarás, pues, si los dones que mi aflicción me arrancó, éstos, no te los proporciono porque no puedo. Pues, el no tener conmigo una gran cantidad de libros se debe a que vivimos en Roma: aquélla es mi casa, aquélla mi residencia, allí se consume mi vida; hasta aquí me sigue, de mis muchos, un solo cofrecillo. Como esto es así, no querría que te hicieras la idea de que yo obro con mala intención o con un espíritu no demasiado noble, porque a ti, que me lo has pedido, no te he proporcionado ninguna de las dos cosas: espontáneamente te las ofrecería si tuviera alguna posibilidad. No puedo callar, diosas, en qué asunto me ayudó Alio ni con cuán grandes servicios me ayudó, no sea que la fugacidad de la vida con el olvido de las generaciones cubra con ciega noche estos desvelos suyos; sino que os lo diré a vosotros, vosotros luego decídselo a muchos miles y haced que este papel, de viejo, hable, para que viva en mis versos incluso después de la muerte y que, muerto él, se haga conocido más y más, y la araña que teje en lo alto su tela transparente no cumpla su tarea sobre el nombre, desconocido, de Alio. Pues sabéis qué preocupación me trajo la doble diosa de Amatunte ²² y en qué tipo de fuegos me abrasó cuando ardía yo tanto como la roca Trinacria y el manantial del golfo Maliaco en las Termópilas del Eta ²³, y, afligidos, mis ojos no dejaban de consumirse en un llanto continuo ni mis mejillas de humedecerse con triste lluvia de lágrimas. Como límpido en la cumbre de un elevado monte brota de una piedra musgos a un arroyo, y, cuando ha rodado entre las peñas desde un valle inclinado, atraviesa por el medio de un camino de frecuente gentío, dulce alivio para el fatigado viajero en su sudor, cuando agobiante el verano agrieta los campos abrasados; o como, zarandeados en negro remolino, en ese momento a los marinos les llega una brisa favorable que sopla muy

¹⁸ La toga viril, totalmente blanca, frente a la toga de la infancia, que llevaba orla de púrpura, la tomaban los romanos a los diecisiete años aproximadamente.

¹⁹ Se trata de Venus.

²⁰ La muerte de su hermano es una de las cosas que impide escribir a Catulo.

²¹ Catulo está contestando a una carta anterior de Alio, escrita desde Roma (por ello, hic: "aquí", del v. 28, lo interpreto como en Roma). Le pide excusas por no mandarle consuelo con sus poemas, porque el poeta está en Verona (vid. nota 104) y ha dejado en Roma la mayor parte de su material.

²² La diosa nacida en el mar es Venus, identificada con Afrodita. Aquí Catulo utiliza la versión hesiódica, según la cual Afrodita nació en el mar de la espuma surgida alrededor de los genitales de Urano tras la castración que éste sufrió por mano de su hijo Crono. Se hace enumeración de los santuarios más importantes del culto a Venus: Idalio (vid. LXI 17 y LXIV 96), Amatunte y Golgos, en Chipre; Urío y Ancona, en Italia; Cnido, en Asia Menor; Dirraquio, en Iliria.

²³ Trinacria es Sicilia; por tanto, "la roca Trinacria" es el Etna. El golfo Maliaco está al Sur de Tesalia; aquí se hace alusión a una fuente termal de las Termópilas, entre dicho golfo y el monte Eta.

suavemente, implorada ya con preces a Pólux, ya a Cástor ²⁴: un socorro tal fue para mí Alío. Él abrió con ancha linde un campo vallado, y él me dio una casa y una dueña junto a la cual entregarme a amores recíprocos. Hacia allí se dirigió mi blanca diosa ²⁵ con delicado pie y, apoyando su resplandeciente planta en el gastado umbral, se detuvo sobre sus parlanchinas sandalias, como en otros tiempos, ardiendo de amor por su esposo, llegó Laodamía ²⁶ a la casa de Protesilao, en vano comenzada, cuando una víctima con su sagrada sangre aún no había apaciguado a los señores celestiales. (¡Que nada me agrade en absoluto, virgen Ramnusia ²⁷, lo que se emprende contra la voluntad de los dioses!) Hasta qué punto un altar ayuno puede desear una sangre piadosa lo aprendió Laodamía, tras perder a su marido, obligada a dejar escapar el cuello de su reciente esposo antes que la llegada de sucesivos inviernos hubiese saciado en sus largas noches su ávido amor hasta el punto de poder vivir con su matrimonio roto: porque las Parcas ²⁸ sabían que desaparecería en no largo tiempo, si se iba como soldado a la muralla iliaca; pues entonces, por el rapto de Helena, Troya empezaba atraer hacia sí a los principales varones de los argivos, Troya -nombre maldito-, sepulcro común de Asia y Europa, Troya, amarga ceniza de varones y de todas las valentías, que incluso acarreó a mi hermano una deplorable muerte. (¡Ay, hermano arrancado a mí, para mi desdicha; ay, luz gozosa que te han arrancado, pobre hermano! Al tiempo que tú ha quedado enterrada nuestra casa entera, al tiempo que tú han perecido todas nuestras alegrías, que, en vida, alimentaba tu dulce amor ²⁹. A él ahora tan lejos, no entre sepulcros conocidos ni cerca de cenizas de parientes enterrado, sino en la siniestra Troya, en la funesta Troya, lo retiene sepultado en el confín del mundo una tierra extraña). Cuentan que, por dirigirse entonces hacia ella desde todas partes en tropel, la juventud griega abandonó los hogares familiares, para que Paris, ufano con el robo de la adúltera, no pasara un pacífico descanso en un tálamo sosegado. Esta desgracia, a ti, bellísima Laodamía, te arrebató entonces un marido más dulce que tu vida y tu alma: la pasión del amor, tragándote en tan gran torbellino, te había arrastrado hasta un desgarrado abismo, como el de Féneo, cerca de Cilene, que -dicen los griegos- seca el fértil suelo, evaporado el pantano, y que -es fama- en otro tiempo excavó, horadando las entrañas del monte, el falso hijo de Anfitrión, en la época en que, por mandato de un amo inferior, mató con su certera saeta a los monstruos de Estinfalo, para que la puerta del cielo fuese hollada por más

²⁴ Aparecen aquí Cástor y Pólux, los Dioscuros, el primero de ellos hijo de Tindáreo y el segundo de Zeus, ambos, hijos de Leda. Son hermanos de Helena y Clitemnestra, y protectores de la navegación.

²⁵ Es una manera de nombrar a Lesbía.

²⁶ Laodamía se casó con Protesilao (héroe de la ciudad tesalia de Filacas) antes de que él partiera hacia Troya. Parece ser que en la ceremonia nupcial no se habían realizado los sacrificios exigidos por el ritual y, como castigo por este sacrilegio, Protesilao murió en Troya a manos de Héctor. Laodamía sufrió enormemente por la pérdida de su esposo, hasta el punto de que -según una leyenda-, habiendo vuelto Protesilao del Hades por unas horas, ella, como no podía resistir perderlo de nuevo, se suicidó para poder seguirlo; otra leyenda narra que Laodamía había mandado fabricar una estatua de cera, reproducción de Protesilao, a la que besaba y abrazaba a ocultas, pero el padre de ella, habiendo descubierto su secreto, arrojó la estatua al fuego y Laodamía, por seguirla, pereció abrasada.

²⁷ El epíteto "Ramnusia" procede de Ramnunte, pequeña ciudad del Ática donde Némesis tenía un santuario famoso. Para esta diosa, vid. nota 141. 141.- Personifica la 'Venganza divina'; es, normalmente, el poder encargado de suprimir toda 'desmesura'. En otros poemas (LXIV 395, LXVI 77, LXVIII 77) aparece bajo el epíteto de Ramnusia (vid. nota 257).

²⁸ Las Parcas, identificadas con las Moiras griegas, son las divinidades del destino. Se las representa como hilanderas que tejen la vida de los hombres: una preside el nacimiento, otra el matrimonio y la otra la muerte.

²⁹ Catulo repite exactamente las palabras que ha escrito un poco antes

dioses y Hebe no tuviera una larga soltería ³⁰. Pero tu profundo amor fue más profundo que aquel abismo, amor que te enseñó a ti, entonces indómita, a soportar el yugo. Pues ni para un abuelo de avanzada edad tan querida es la presencia de un nieto tardío que cría su única hija, nieto que, encontrado por fin para heredar las riquezas del abuelo, apenas ha incluido su nombre en el registro del testamento, quita al pariente burlado las perversas alegrías y hace alejarse al buitro de la cana cabeza. Ni tanto ha gozado de un blanco palomo ninguna compañera que -dicen- le arranca siempre besos con su mordiente pico con menos vergüenza que la que es mujer especialmente insaciable. Pero tú sola has superado los grandes arrebatos de éstos, en cuanto te uniste a tu rubio esposo. Digna rival entonces en todo o casi de ti, la luz de mis ojos ³¹ se refugió en mis brazos; y corriendo a menudo Cupido a su alrededor de acá para allá, refulgía radiante, con su túnica de azafrán. Aunque ella no se contenta sólo con Catulo, soportaremos las escasas traiciones de mi reservada dueña para no ser demasiado enojosos a la manera de los necios: a menudo incluso Juno, la más grande de los habitantes celestiales, cuece la ira encendida por los pecados de su esposo, sabedora de los muchísimos amoríos del insaciable Júpiter ³². Pero no es justo comparar a los hombres con los dioses. No vino, sin embargo, ella, guiada hasta mí por la diestra paterna, a una casa que exhalaba perfume asirio, sino que me dio sus furtivos regalillos una noche maravillosa, robados de los brazos mismos de su propio marido. Por lo cual, ya es bastante si a mí solo se me concede ese día que ella señala con piedra más blanca³³. Este regalo, el que he podido, compuesto en verso, te lo ofrezco, Alío, en agradecimiento a tus muchos favores, para que tu nombre no lo toque con sucia herrumbre ni este día ni mañana ni otro ni ninguno. A esto que añadan los dioses los presentes, cuantos más mejor, que Temis ³⁴ antaño solía conceder a los hombres piadosos de antes. Que seáis felices tú y tu vida y tu casa, en la que hemos jugado al amor mi dueña y yo, y el que desde el principio, como huésped, nos ofreció

su tierra ³⁵, de quien especialmente han nacido todas las cosas buenas, y, sobre todo, por delante de todos la que me es más querida que yo mismo, mi lucero, que, porque ella vive, me es dulce vivir.

³⁰ "El falso hijo de Anfitrión" es Hércules (Heracles); el poeta dice "falso" porque en realidad era hijo de Alcmena, esposa de Anfitrión, y de Júpiter, que había suplantado al marido. Una de las hazañas atribuidas a Hércules fue la de desecar el pantano próximo a Feneo, ciudad de la Arcadia, cercana al monte Cilene; dicha hazaña la llevó a cabo mientras realizaba el quinto trabajo impuesto por Euristeo (mencionado aquí como "un amo inferior"): matar las aves de Estinfalo, en Arcadia, bien porque dichas aves estaban arrasando la región, o bien porque se alimentaban de carne humana. Tras la realización de los doce trabajos, Hércules, en recompensa, fue recibido en el Olimpo donde se le entregó como esposa a Hebe, diosa de la juventud.

³¹ Se refiere a Lesbia quien, como si se tratase de la mismísima Venus, va acompañada por Cupido. Anteriormente, en este mismo poema, Catulo ha hablado de Lesbia como "mi blanca diosa"

³² Catulo disculpa las traiciones de Lesbia que él tiene que soportar haciendo un paralelismo con las que Juno tuvo que soportar por los amoríos de Júpiter.

³³ Los días felices se señalaban con una marca blanca

³⁴ Temis, como hija de Urano y Gea, pertenece a la raza de los Titanes. Figura entre las esposas divinas de Zeus, con quien engendró a las Horas, a las Parcas, a la virgen Astrea y a las ninfas del Erídano. Es la personificación de la Justicia. Es consejera de Zeus y tiene el honor de vivir entre los Olímpicos por haber inventado los oráculos, los ritos y las leyes.

³⁵ Para la traducción "y el... su tierra" he utilizado la conjetura de Ellis y de Bardon: et qui principio nobis terram dedit hospes. Este verso y el siguiente (157-158), en cualquier caso, son de difícil interpretación. Se puede pensar que se trata de una tercera persona o del

LXX

La mujer mía ³⁶ dice que prefiere no entregarse a nadie más que a mí, ni aunque el propio Júpiter se lo pida. Lo dice: pero lo que una mujer dice a su amante ansioso, debe escribirse en el viento y en una corriente de agua.

LXXII

Decías tiempo atrás que tú conocías sólo a Catulo, Lesbia, y que no querías, cambiándolo por mí, ser dueña de Júpiter. Te amé tanto entonces, no como uno a su amiga, sino como ama un padre a sus hijos y yernos. Ahora te conozco: por eso, aunque me quemo con más vehemencia, sin embargo me resultas mucho más despreciable y frívola. "¿Cómo puede ser?", dices. Porque un engaño de esa clase obliga al amante a estar más enamorado pero a bienquerer menos.

LXXXVI

Si algún placer tiene el hombre al recordar sus buenas acciones del pasado, cuando piensa que él es íntegro, que no ha violado la sagrada lealtad, ni en ningún pacto ha hecho mal uso de la divinidad de los dioses para engañar a los hombres, muchas alegrías permanecen preparadas para ti a lo largo de tu vida, Catulo, por este amor desagradecido. Pues todo lo que los hombres pueden decir o hacer en favor de alguien, eso tú lo has dicho y lo has hecho. Todo ello pereció, confiado a un corazón desagradecido. Por eso, ¿por qué vas a crucificarte ya más? ¿Por qué no te consolidas en tu espíritu y te alejas de una vez de ahí y, ya que tienes a los dioses contra ti, dejas de ser desgraciado? Difícil es dejar de repente un largo amor. Difícil es, pero consíguelo como sea: ésa es tu única salvación, ésa debe ser tu victoria; hazlo, puedas o no puedas. ¡Dioses!, si es propio de vosotros sentir compasión, o si a alguno alguna vez en el instante último, ya en el momento preciso de su muerte, le prestasteis ayuda, volvedlos ojos a este desdichado que soy, y, si he pasado mi vida honradamente, arrancadme esta peste y esta perdición: ¡ay!, penetrándome hasta lo más profundo de mis entrañas como un letargo, expulsó de todo mi corazón las alegrías. Ya no deseo eso, que ella a su vez me quiera, o, lo que no es posible, que quiera ser pudorosa: yo sólo deseo estar bien y abandonar esta horrible enfermedad. ¡Dioses!, concedédmelo por mi amor a vosotros.

LXXXV

Odio y amo. Por qué hago eso acaso preguntas. No sé, pero siento que ocurre y me atormento.

LXXXVI

Quintia ³⁷ es para muchos hermosa, para mí deslumbrante, alta, bien plantada; eso es así cosa por cosa, yo lo confieso. Pero digo que en conjunto no es hermosa: pues ningún encanto, ni una pizca de sal hay en un cuerpo tan grande. Lesbia es hermosa y es, no sólo bellísima toda entera, sino que, única como es, arrebató a todas todos los atractivos.

propio Alío, quien, como se ha dicho anteriormente (vid. nota 289), ha ofrecido hospitalidad a Catulo. Se puede pensar también -como señalan algunos comentaristas en una imagen del naufrago que por fin llega a tierra.

³⁶ Se refiere a Lesbia.

³⁷ Algunos comentaristas han señalado que quizá sea la hermana del Quintio de los poemas LXXXII y C, personaje, por otra parte, desconocido.

LXXXVII

Ninguna mujer puede decir que la han querido de verdad tanto como yo te he querido a ti, Lesbia. No hubo nunca en ningún pacto una lealtad tan grande como la que yo he puesto de mi parte en mi amor por ti.

XCII

Lesbia siempre echa pestes contra mí y no calla nunca: ¡que me muera si Lesbia no me quiere! ¿Por qué señal lo conozco? Porque otras tales son las mías: la maldigo todos los días, pero ¡que me muera si no la quiero !

CI³⁸

Tras recorrer muchos pueblos y muchos mares, me acerco a estas desdichadas exequias tuyas, hermano, para obsequiarte con el postrer regalo que se debe a los muertos y dirigir, aunque sea en vano, mis palabras a tus mudas cenizas, puesto que la fortuna me ha arrebatado tu presencia, ¡ay!, pobre hermano indignamente arrancado a mí. Pero ahora, entretanto, esto, que según la antigua costumbre de los antepasados he traído como triste regalo para tus exequias, recíbelo empapado en el llanto de tu hermano. ¡Y para siempre, hermano, recibe mi saludo y adiós!

CVII

Si a quien desea algo ardientemente le ha cabido en suerte sin esperarlo, eso le es especialmente grato a su corazón. Por eso es grato también para mí, más precioso que el loro, que vuelvas otra vez, Lesbia, a mí que te anhele. Vuelves otra vez a mí que te anhele y no lo esperaba, vuelves a mí por tu propia voluntad. ¡Oh día de señal más blanca³⁹! ¿Quién vive más feliz que yo y sólo yo, quién podría decir que hay algo más deseable que esta mi vida ?

CIX⁴⁰

Gozoso, vida mía, me haces ver que será este amor nuestro e imperecedero. ¡Grandes dioses!, haced que pueda ella prometerlo de verdad y que lo diga sinceramente y de corazón, para que nos esté permitido mantener durante la vida entera este eterno pacto de sagrada amistad.

³⁸ Epigrama funerario. Catulo visita la tumba de su hermano, que murió en Troya, para cumplir con los ritos. El tema de la muerte de su hermano aparece también en LXV 5-14 y en LXVIII 19-26 y 89-100.

³⁹ Los días felices se señalaban con una marca blanca

⁴⁰ Es el último poema a Lesbia.